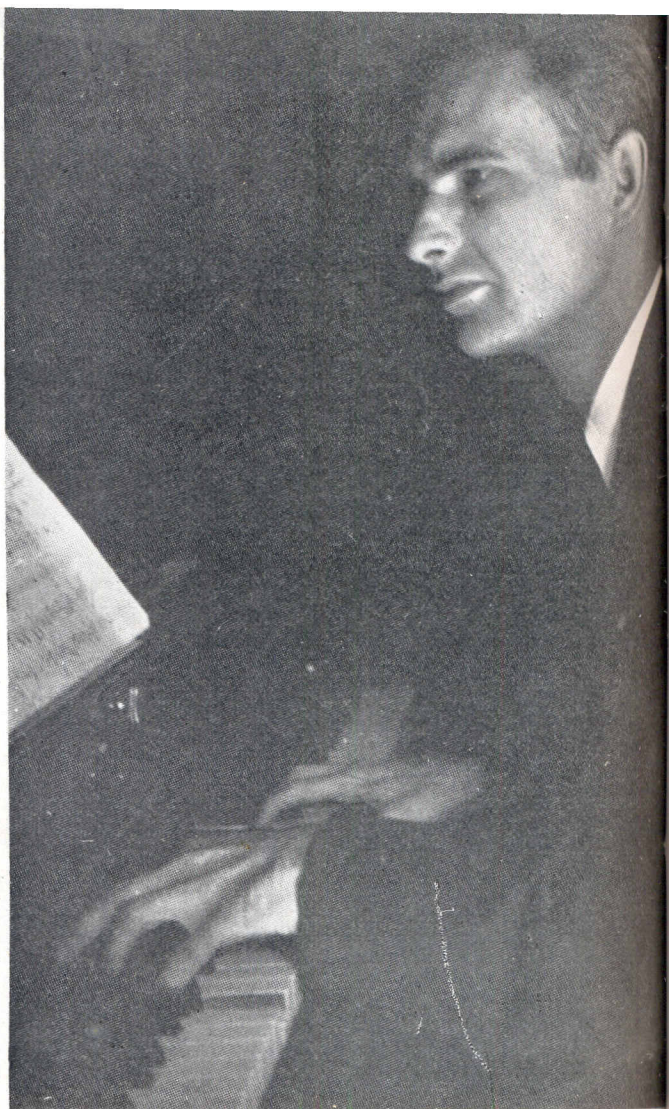
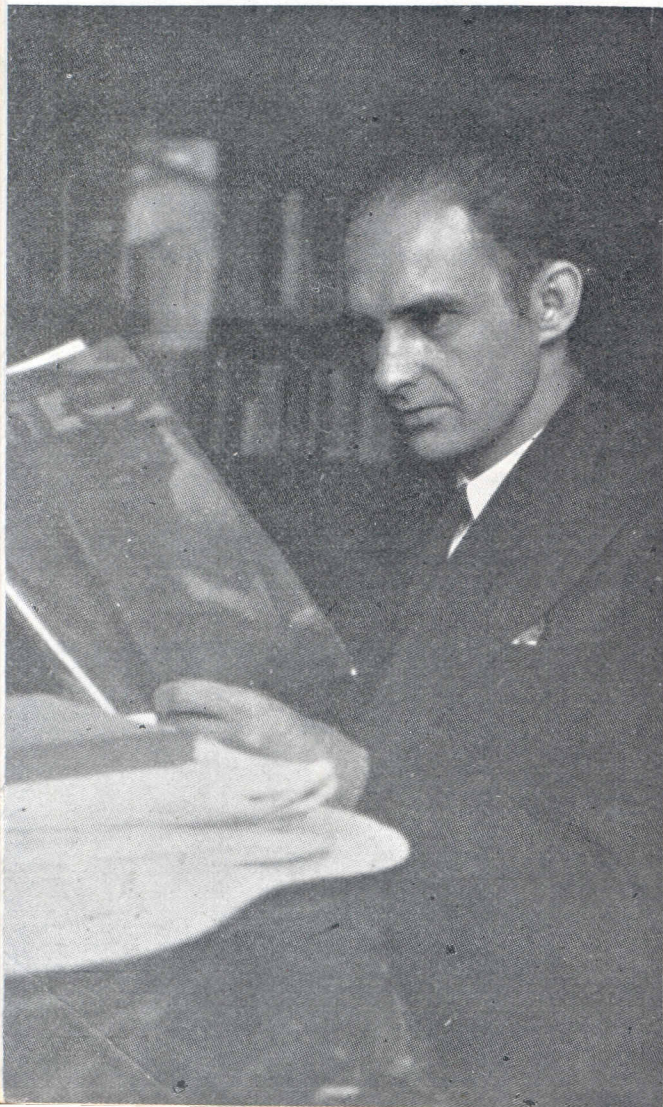


Juan Bautista Plaza, valor musical venezolano

L U I S
por C A R L O S
F A J A R D O

«**C**ONTRARIAMENTE a lo que también podría esperarse de mí,—me dice Juan Bautista Plaza,—no es de mis mayores de quienes he de quejarme, ni tampoco de los músicos pertenecientes a mi generación. Sería injusto entregarse a analizar los puntos censurables que podrían encontrarse en las diferentes actividades de los primeros; hicieron cuanto estuvo a su alcance, sobre todo en el campo de la enseñanza. Los segundos, nosotros, somos relativamente pocos. Pertenecemos casi todos a un grupo que podríamos llamar "moderno", en el sentido de que nues-

◆
JUAN BAUTISTA PLAZA, con gran gentileza, nos posa leyendo a "ELITE". ↓



↑ JUAN BAUTISTA PLAZA, improvisando al piano motivos venezolanos para nuestro redactor Luis Carlos Fajardo.

◆
tra más sería preocupación es la de vivir de acuerdo con nuestra época, imprimiéndole a nuestras obras orientación paralela a la que sigue la música en las demás partes del mundo'.

Juan Bautista Plaza pertenece a ese grupo de nuestros actuales compositores, grupo dinámico, que no se ha tenido que preocupar puramente de la creación artística, sino que ha iniciado y formado lo que podríamos llamar nuestra vida y ambiente musicales. Grupo que inició públicamente sus labores hacia 1930, y cuyo movimiento ya ha cristalizado en una serie de obras de verdadero valor artístico. Ha sido éste un bello esfuerzo de nuestros músicos. De una parte el Orfeón Lamas, claro exponente de una cultura venezolana en formación, y la Orquesta Sinfónica Venezuela; y de la otra, la producción musical: coral e instrumental. Plaza, actualmente se ocupa de hacer más y más extensa la Sociedad de Conciertos Caracas, organización creada por él hace un par de meses y la que ha comenzado ya a dar excelentes resultados. Y, ante la contemplación de esa labor de nuestros músicos, surgen varias preguntas: ¿Hasta dónde ese movimiento de nuestra actual música es independiente de la cultura occidental? ¿Cuáles son sus verdaderos cimientos? Y, en otro sentido: ¿Cómo valorizar la obra de nuestros músicos?



JUAN BAUTISTA PLAZA en el criollo patio de su casa.

Y como primer paso para una acertada respuesta, es necesario conocer la opinión de esos músicos, penetrarse en su intención creadora y organizadora.

Frente al maestro Plaza, inicio otras de mis preguntas.

—Qué decir de nosotros—continúa Plaza.—Ciertamente, podríamos hacer mucho más de lo que hacemos en pro de nuestros ideales. Pero..., somos un poco perezosos, en cierto sentido; y, de otra parte, hallamos poco estímulo a nuestro alrededor. Son pocas las positivas demostraciones de interés que nuestra obra suscita en nuestro ambiente. El presente, desde luego, no me toca a mí juzgarlo, ni

valorizar sus diversas manifestaciones. Creo que vivimos en un momento de intensa lucha y acción. Es, en todo caso, muy sincero el empeño que todos ponemos en acoplarnos al espíritu de nuestra época. Los resultados hasta ahora obtenidos son relativamente pequeños; no creo que ninguno de nosotros tenga la pretensión de creer que ha realizado una gran obra. Lo que en nuestra producción me parece digno de tomarse en cuenta, desde el punto de vista del arte verdaderamente nuevo, con o sin tendencias venezolanistas, se reduce a pocas cosas. Unas piezas para canto y piano, o para piano solo, descollando entre éstas últimas las de Lecuna; pequeñas obras para orquesta, entre otras la humorística "Fuga del Gato" de Calcaño, la producción religiosa de Sojo, y unos cuantos coros a voces solas, de

corte bastante nuevo, escritos para el Orfeón Lamas".

Indudablemente que Juan Bautista Plaza, preocupado por lograr una vasta obra de verdadero alcance, exagera un poco en sus opiniones. No han sido grandes los retoños de este movimiento, pero sí dignos de tomarse en cuenta. Dentro de la producción del mismo Plaza hay obras de gran belleza y originalidad. "La Primavera", composición inspirada en un poema de Juan Ramón Jiménez, escrita para el Orfeón Lamas. Sus canciones venezolanas para canto y piano, estrenadas en una reunión del Grupo de Teoréticos. "Picacho Abrupto", estrenado bajo la dirección del maestro Espinoza. "Las Horas", escrita para orquesta y voces. Un gran poema sin-

(Continúa en la página 73)

La fuente abandonada.

Poema de Fernando Paz Castillo. Música de Juan B. Plaza.

Moderato.

"LA FUENTE ABANDONADA", una de las más celebradas composiciones del maestro Plaza, inspirada en un poema de Fernando Paz Castillo.

(Viene de la página 21)

fónico todavía sin estrenar, inspirado en el soneto "Vigilia", de Juan Ramón Jiménez, y varias obras de carácter religioso. Y junto a la obra de Plaza, la de Calcaño, Moleiro, y la del maestro Sojo, plena de calidades estéticas.

—Sin embargo—continúa Plaza,—en el preciso momento, creo que todos nos hallamos en vías de progreso. No me refiero sólo a nosotros los compositores, sino a los ejecutantes y conjuntos musicales. La Orquesta Sinfónica no trabaja más y mejor por falta de estímulo material y moral, y quizás por no haberse logrado organizarla mejor en su manera de actuar; y el Orfeón Lamas, dedicado exclusivamente a dar a conocer obras de autores venezolanos, antiguos o modernos, prosigue en su interesante labor, gracias a la tenacidad del maestro Sojo y a la buena voluntad con que siempre están dispuestos a trabajar los que forman dicha organización. A mí, sin embargo, me gustaría que el Orfeón, una vez que otra, se ocupase también en divulgar las grandes obras corales de autores extranjeros. Comprendo que ello es difícil de realizar, pero lo creo necesario por todos respectos. El "Cuarteto Ríos", por último, con su reciente ejecución del Cuarteto de Debussy, ha dado ciertamente la más alta manifestación de arte de cuantas se han realizado últimamente en Caracas por artistas nuestros. Para todos nosotros fué una sorpresa inolvidable la calidad de esa memorable ejecución, verdadero esfuerzo que merecía ser conocido y apreciado por un público más numeroso".

Posiblemente Plaza tiene razón al desear que el Orfeón ejecute las obras corales de los grandes compositores occidentales. Para crear una verdadera música americana, es necesario conocer a fondo la música del resto del mundo. Pero, hoy por hoy, tenemos que comprender que la producción de nuestros compositores se encuentra limitada por los medios de divulgación. La Orquesta Sinfónica solamente ejecuta obras de autores extranjeros, y nuestros compositores se han visto obligados a trabajar en el género coral más que en ningún otro. ¿Cómo limitarlos más aún dentro de las mismas obras corales? He aquí un problema de difícil solución.

—¿Y sobre la juventud, sobre la

generación que continuará la labor de ustedes?

—Por exagerado que parezca decirlo, los llamados a continuar nuestra labor no asoman por ninguna parte. Los pocos de quienes por su talento podría esperarse algo, no ponen el menor empeño en cultivarse ni en estudiar. Mientras no se comprenda que el estudio tenaz y bien disciplinado es, siempre que haya talento, por supuesto, la base fundamental para llegar a hacer obra de verdadero valor, permaneceremos eternamente en esa mediocridad en que hemos vivido hasta ahora. Talentos musicales los hemos tenido en más de una oportunidad. Si no han logrado descollar más, ello evidentemente se debe a que su obra, por falta de sólidas bases, es de muy relativo valor. Casi una obra primaria, sin médula, sin estilo, y a menudo plena de incorrecciones. No veo en el momento, repito, entre nuestros posibles continuadores, ese tan necesario amor al estudio. A mi modo de ver, el síntoma más evidente y grave de nuestra juventud, es la carencia completa de ideales. Ejemplo palpable lo tengo a la vista: en tres años y medio que llevo dando un curso bi-semanal de la Historia de la Música en la Escuela de Música y Declamación, puedo declarar que apenas he visto asistir a dicho curso, y eso sólo con mucha irregularidad y en calidad de oyentes, a unos dos o tres estudiantes de composición cuando más. Mi auditorio, que por demás es excelente, se compone casi exclusivamente de muchachas instruidas y estudiantosas y van allá por el deseo de ampliar su cultura general. Entre ellas muchas ni siquiera tocan ningún instrumento. Por doloroso que sea confesarlo, la verdad es que hoy por hoy, no existe verdadera vocación musical en la generación que se está levantando. El cine, los bailes y el deporte los han acaparado a todos".

—¿.....?

—Nuestros músicos clásicos coloniales: Olivares, Caro de Boesi, Lamas y Carreño principalmente, tienen entre otros méritos el de haber sido modernos en su época, es decir, el haber sabido asimilar perfectamente el espíritu de la música europea contemporánea, cuyos máximos representantes eran entonces Gluck, Haydn y Mozart. La influencia de esos compositores es evidente en nuestros compa-

triotas de aquel tiempo. Y sin embargo, supieron ellos, además, ser originales y reflejar delicadamente en sus producciones musicales el alma colonial venezolana, o por lo menos el aspecto místico de ésta. Es por ello que esa música, además de su valor intrínseco, tiene y tendrá siempre para nosotros la significación de una eficaz lección de estética, lección que desgraciadamente no se supo aprovechar en las épocas posteriores, salvo muy raras excepciones. Soy pues un sincero admirador de nuestros clásicos, cuya obra apenas conocemos, y uno de mis más ardientes deseos es el de ver algún día publicado lo mejor de esa vasta producción, que yace casi toda dispersa en archivos particulares. Es preciso que en América se conozca la altura prominente que llegó a ocupar durante medio siglo la música en nuestra antigua Capital de Provincia".

Interrogo ahora a Plaza sobre el punto más interesante: ¿Qué rumbo lleva nuestra música? ¿Hacia dónde vamos?

—Respecto a nuestra estética—nos contesta—y a los caracteres de modernismo que presenta nuestra obra, a pesar de que la gente nos califica de vanguardistas, debo decir que somos en realidad sumamente moderados en nuestros "atrevimientos", si se comparan éstos con los que suelen practicarse hoy día en otras latitudes. Nosotros, en efecto, no hemos llegado a emplear el atonalismo ni el politonismo ni la música en tercios o cuartos de tono, que son verdaderamente la última palabra en materia de procedimientos ultramodernos de escritura musical (aunque no tan divulgados como se cree, según opina Poulenc en una reciente charla que sostuvo en Madrid). Tampoco hemos caído en el Jazzismo ni en las extravagancias de quienes, como Edgar Varese, únicamente interesados por la música (o el ruido) de percusión, escriben obras tales como la titulada "Integrales", que requieren una orquesta con diecisiete partes de batería! No; pese a la opinión de la gente, nosotros todavía estamos bastante atrasados con respecto a esos verdaderos músicos de vanguardia que se llaman Schomberg, Honegger, Stranwinsky, Milhaud, Kurt Weil, Alban Berg y tantos otros. Creo que

por el momento hacemos bien en mantenernos a cierta distancia de esos procedimientos modernistas a **outrance**. Tales sistemas no pueden desarrollarse con sincera vitalidad y con probabilidades de éxito sino en aquellos medios que, por estar saturados de una abrumadora tradición, suscitan la natural reacción de los espíritus nuevos, de esta inquieta generación que pugna por salirse de los senderos trillados, a ver si logra crear un arte absolutamente original, sin precedentes en la historia. Nosotros, por fortuna, no tenemos tales preocupaciones que nos atormenten. Aceptando, como en todo, la base cultural que nos aporta el Occidente, y asimilando de esa cultura lo que realmente pueda aprovecharnos, nuestra única preocupación deberá ser la sinceridad en la expresión de la belleza artística, lo cual sólo puede lograrse mediante la perfecta conformidad que ha de existir siempre entre los medios empleados y el fin propuesto. Por lo demás, cada día le concedo menos importancia al nacionalismo considerado como elemento creador de la obra de arte. Que la producción de un músico nuestro valga sobre todo porque esté, como la de los españoles o los

rusos, fuertemente impregnada de color local, o simplemente porque sea sólida la personalidad de ese músico, porque sean hermosas y originales sus ideas, lo que realmente importa es que dicha producción tenga un alto valor artístico en sí misma, intrínsecamente. Sólo así, aún teniendo el carácter que tuviere, logrará esta ser, como todas las grandes obras maestras de todos los tiempos, universal y perdurable.

El culto excesivo del folklore implica a mi modo de ver una limitación, una estrechez de perspectiva que no puede imponerse un verdadero artista a sí mismo, por nacionalistas que sean sus tendencias o aspiraciones. Así lo han comprendido muchos de los más grandes músicos contemporáneos y en particular Stranwinsky. Sólo que Stranwinsky tal vez ha venido a dar al polo opuesto; su más reciente producción, por el exceso de objetivismo que en ella se manifiesta, tiende a convertirse en demasiado abstracta, si bien es cierto que también esa especie de matemática sonora tiene su encanto particular, su belleza **sui generis** que hay que saberle encontrar. Nuestro folklore,

al que considero bastante pobre melódicamente, me parece en cambio muy rico de ritmos. Presenta no pocas perspectivas interesantes, pero para ser eficazmente aprovechado por nuestros músicos es preciso antes que se lo haya estudiado a fondo, estudio éste de suma necesidad y el que todos anhelamos ver realizado algún día por persona suficientemente capacitada para emprenderlo.

Juan Bautista Plaza, dice todas estas cosas con animada voz y gesticulando nerviosamente. Sobre el teclado del piano pasan vagas melodías no escritas aún. Respiramos, complacidos, en esta atmósfera de estudio. Porque Plaza es un estudioso incansable y su dinamismo es verdaderamente contagioso. En tanto habla sus manos revolotean frente a nosotros. Parece como si quisiera aventar lejos las frases, para que sean escuchadas por alguien más, una tercera persona invisible. Pero, ahora comprendemos que ese alguien es posiblemente el público y como sus frases las estamos cosechando atentamente para ELITE y esta revista es un altavoz....

Luis Carlos FAJARDO.